

dente. El ejecutor de la venganza va a ser su general Holofernes, que, en tres campañas victoriosas, se apodera de las fronteras de Cilicia, desbarata a cuantos se le oponen en los confines de la Arabia y somete a los hijos de Madian y de Tiro, y a los que habitan las llanuras de Damasco, saqueando sus aduares e incendiando sus majadas. Sólo Israel resiste, y en Israel está la pequeña ciudad de Betulia, que le cierra las puertas. Situada en una altura de 400 metros, donde se alza hoy el pueblo de Shek-esh-Shibel, frente a la llanura de Esdrelón, Betulia va a ser el escenario de un episodio en que tendrá un desenlace fúnebre aquella campaña comenzada con tan buenos auspicios.

Como las fortificaciones de la ciudad aconsejan el asalto, Holofernes ordena un asedio en regla. A los cuarenta días la población no puede resistir más y los defensores deciden capitular. En este momento surge la figura de Judit, hija de Merari. Su marido, Manasés, había muerto poco antes en los días de la siega de las cebadas, pues mientras atendía a los que ataban las gavillas en el campo, vino una insolación sobre su cabeza y cayó en cama y murió. Desde entonces Judit se hizo una tienda en la azotea de su casa y allí se entregó a una vida de recogimiento y de penitencia, aunque era de hermoso rostro y de vista agraciada en extremo, y poseía oro y plata en abundancia, y esclavos y esclavas y ganados y tierras. Ella fué quien se opuso a la decisión de los que mandaban en la ciudad, y que habían fijado a Jehová un plazo de cinco días para socorrerles.

«¿Quiénes sois vosotros, les dijo, para que así tentéis a Dios en el día de hoy y os levantéis sobre Dios en medio de los hijos de los hombres? No sois capaces de escudriñar la profundidad del corazón humano y de sorprender los razonamientos de su inteligencia,

¿y pretendéis sondear a Dios, que hizo todas las cosas, y conocer su pensamiento y penetrar su designio?»

Era el lenguaje de la fe. La conducta de los ancianos se le presentaba a Judit como una negación implícita del poder de Dios y una intromisión irreverente en los designios de la Divina Providencia: El camino que debían seguir era el del abandono y sumisión total al beneplácito divino, lo cual no debe confundirse con un fatalismo enervante, pues como su mismo discurso esboza un programa de tres puntos: oración confiada por la patria, sacrificio personal ilimitado y confianza en la bondad de Dios.

Por lo demás, ella había meditado un plan. Volvió a cubrirse de cilicio y de ceniza y pidió con palabras fervorosas la petición del Señor. Terminada la oración, «quitóse el cilicio que vestía, tomó un baño, se ungió con unguento precioso, trenzó los cabellos de su cabeza, puso una cofia y se atavió con los vestidos de gala que solía ponerse en vida de su marido. Calzóse luego las sandalias y puso los brazaletes, las pulseras, las ajorcas y todos sus adornos, quedando sobremanera hermosa para engaño de los ojos de los hombres». Así ataviada se dirigió con una esclava a las puertas de la ciudad, que se abrieron a una orden del comandante.

Es ahora cuando la aventura de Judit se torna más dramática y complicada. Es como una de aquellas mujeres que seguían a los antiguos ejércitos para su distracción y regocijo, aunque las venza a todas por su hermosura. Sus hechizos van tendiendo a través del campamento enemigo nubes de humo para encubrir sus verdaderas intenciones, y ella, consciente del efecto que sus atractivos producen, completa el deslumbramiento con engañosas palabras. El autor sagrado nos describe su marcha desde que tropieza con las